El tribunal rechazó el recurso por sentencia de 1793 y también condenó a los apelantes a ese pago. Una princesa, madre del Duque de Berwick, uno de los litigantes acudió al Rey que pidió los autos con suspensión de la sentencia. El Rey, con vista de los autos y el parecer de personas doctas, dió una real orden en enero de 1796 devolviéndolos al Consejo de Indias, para que procediese en virtud de la ejecutoria causada como si no se hubiesen suspendido sus efectos. En el mismo año de 1796 el Consejo de Indias dictó las órdenes correspondientes, poniendo así término a este pleito, largo y ruidoso.

Los descendientes del vencedor en el juicio han llevado el título hasta nuestros días. En la última parte del siglo pasado, el Duque de Veragua, uno de sus descendientes, fué representante de Puerto Rico en el Parlamento Español. Durante la exposición que se celebró en Chicago en 1893 para conmemorar el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, este Duque de Veragua visitó los Estados Unidos como huésped del Gobierno Americano, y en el trayecto visitó también a Puerto Rico y Cuba. Al empezar la guerra civil en España hace pocos años fué fusilado el Duque de Veragua de entonces. Le sucedió un sobrino quien murió en enero del año de 1941, pasando el título a su hermano, el actual Duque.

Así muy brevemente he dado la relación de pleitos, que, en interés de la historia, merecen un estudio más profundo del que han recibido hasta ahora.

---

Tomado de "Anales de la Universidad de Santo Domingo".—Año VI, Nº 1.—Págs. 67/84.

---

# ¡Requiem aeternam!

**Por Santiago Durán Escalante**

*¡Lloramos un muerto y saludamos a un inmortal!* Con esas palabras solemnes inició uno de los más grandes oradores del siglo pasado la oración fúnebre que pronunciara junto al cuerpo, ya sin vida, de quien hasta horas antes había sido honra y gloria para las letras de Francia.

Hoy nosotros, al ver en su túmulo funerario —revestido con los ornamentos sagrados, que le confirieron en vida la plenitud del sacerdocio —los despojos humanos que albergaron al alma purísima del Excmo. Monseñor don Claudio María Volio y Jiménez, llamamos en auxilio nuestro al más ilustre de los pensadores y hacemos propias esas palabras con las cuales hemos iniciado esta oración, porque a nadie concedemos mejor derecho, que el que personalmente nos asiste, para llorar la desaparición mundana de ese egregio gran señor, que nos brindó por muchos años la más pura, noble y generosa de las amistades.

Grande desde la cuna, por el abolengo ilustre de sus progenitores; grande

por sus virtudes, su austeridad, su ilustración y su talento, este varón nobilísimo fué más grande aun cuando el infortunio y el dolor llamaron a su puerta y lo hicieron apurar, como a Su Maestro Divino, hasta la última gota del amargo cáliz, que le llevaron los hombres—sus hermanos en el amor de Dios—, y que él, en silencio, aceptó resignado, sin rencor alguno, pidiendo para ellos—sus verdugos, sus perseguidores.—el misericordioso perdón que sólo almas tan grandes y puras como fué la suya, son capaces de otorgar...!

Monseñor Volio, como el sándalo, devolvía con bondad, con el purísimo aroma que emanaba de toda su personalidad superior, el ultraje que le causaba el fuego de las pasiones de otros, en el instante mismo en que la llamarada inmaterial se ponía en contacto, o intentaba hacerlo, con su mansedumbre y su humildad verdaderamente franciscanas, que jamás le permitieron sentir rencor contra quienes amargaron su vida y lo hicieron hasta en su lecho de agonizante, para que se repitiera en él —salvada la distancia entre Dios y el hombre —la sublime tragedia del Calvario, que le dió oportunidad en multitud de ocasiones de poder exclamar, como el Divino Rabí lo hiciera, puesto ya sobre el Madero Sagrado: *¡Perdónalos Señor!*

Sobre el féretro de un gran político se coloca siempre la bandera de la Patria y sus restos mortales quedan sellados con el escudo de la Nación, para que nadie ose levantar el emblema de la tierra que hace a los hombres hermanos, dejando a las generaciones futuras la misión difícil de analizar para la historia, la vida más o menos gloriosa, más o menos brillante de quienes han intervenido, con fortuna o sin ella, en los destinos de sus respectivos países.

Sobre el ataúd de un sacerdote pleno, grande y virtuoso como el excelentísimo Monseñor Volio, se coloca la bandera de la Iglesia y sus despojos mortales se cubren con el mayor de todos los blasones: la Cruz del Redentor. Para juzgar su vida, no es necesario que el tiempo disipe sombras ni disimule rencores. La bandera de la Iglesia ha cubierto las cenizas de un santo y el simbolo augusto de nuestra Fe Cristiana ha reclamado para sí, los despojos mortales de un virtuosísimo Prelado a quien Roma colocó en la Cruz desde el instante mismo en que lució sobre su pecho el pectoral sagrado, con el cual bajó al sepulcro, sin abandonarlo un instante, puesta siempre su mirada en el Divino Crucificado, a quien imitó constantemente y a cuyo servicio dedicó su vida, hasta que El mismo, después de someterlo a las más duras pruebas a que un ser humano puede ser llevado, lo llamó al seno de los justos, ordenándole traspasar el dintel de la eternidad, para que todos sus amigos, para que todos sus hermanos en la santa fraternidad de Jesucristo, lloráramos a un muerto y saludáramos a un inmortal.